

FRANCISCO ESPINOLA

DISCURSO EN
SAN JOSE DE MAYO

08.85
ESP
dis

PRONUNCIADO EN EL LICEO DEPARTAMENTAL
EL 5 DE OCTUBRE DE 1957

ES
des

FRANCISCO ESPINOLA

DISCURSO EN SAN JOSE DE MAYO

*B. de J. y Angela
con el nombre de
P. U.*

30-XI-937

808.85 ESP dis
FHCE/111481



PRONUNCIADO EN EL LICEO DEPARTAMENTAL
EL 5 DE OCTUBRE DE 1957

111481

Son éstas las palabras pronunciadas por el escritor compatriota Francisco Espínola en oportunidad del homenaje que recientemente le tributara el pueblo de San José. Ellas, por su forma, por su intensa y afectiva expresividad, constituyen una vallosa exposición del escritor destinada a explicar su obra y la sensibilidad que ha concurrido a proyectarla. Tanto por el interés que despertara esta versión en quienes no estuvieron presentes en el acto, como en aquellos que desean conservarla por considerarla otra de las hermosas páginas literarias de Paco, LA IDEA recogió la misma taquigráficamente, gracias a la gentileza del personal del Sodre que tomara la grabación correspondiente, para darla a publicidad. — N. de la R.

Mis queridos amigos: Yo, de ninguna manera hubiera aceptado este acto, de no haber comprendido que él no era testimonio de admiración a mi obra literaria sino exteriorización de un afecto colectivo. Pero, aun así, lo saben mis familiares y mis íntimos, vacilé bastante en aceptarlo. Porque la condición, excepcional en la vida del país, de este homenaje, su tierna inspiración, y lo que yo conocía de su resonancia en el pueblo, en el departamento y hasta en la nación entera me hacían honradamente pensar que excedía demasiado de lo que yo merezco que se me quiera. Sin embargo, no sabía por qué, no me decidía, tampoco, a rechazarlo. Algo como un fulgor que se iba aclarando en mi alma retenía la respuesta. Hasta que comprendí, casi de golpe, que, seguramente, yo tenía que acceder; y no por mí, por cierto, sino por mí y por todos.

Yo pensaba, cada vez con más seguridad, atendiendo asimismo a la observación de otros fenómenos contemporáneos, que tal vez esta crisis actual de la sociedad, este mundo tan frío, tan hostil para el espíritu, tan cruel, tan duro, que nos sumerge en un egoísmo que, en vez de obrar en beneficio nuestro, nos marchita lo poco de cándido que nos queda, yo pensé que esa crisis, repito, bien pudiera muy bien

estar ya tocando fondo; y que en un lugar y en otro, con más magnitud en un sitio que en otro, y manifestándose de distintas maneras, se comienza quizás a señalar en el horizonte del mundo que el hombre no puede seguir así; que el alma humana empieza a exigir respeto a sus prerrogativas; que se está haciendo necesario volver a una vida en que las relaciones humanas son más generosas, más tiernas y más puras, lo que permite que el corazón cumpla con su destino, que es el de ser solidario y el de querer oscuramente, sin medir el grado de merecimiento de aquel a quien se ofrece.

Y por eso acepté. Porque yo pensé, y estoy seguro (aunque es muy difícil de probar porque seguramente la verdad está en la subconciencia, todavía, de todos) que detrás de mí había otra cosa; y que en el cariño hacia mí, y en lo que pudo equivocadamente suponerse de admiración hacia mi obra, no había otra cosa que un impulso que me trasvasaba, que me atravesaba para que el corazón colectivo quisiera cosas más grandes, admirara cosas más profundas y se proyectara en una atmósfera —hacia la cual ha nacido el hombre—, de bien, de tolerancia, de amor, de ternura, de cariño desinteresado y abierto. Yo pensé, en seguida, en algo que suele aparecer en mi conciencia de cuando en cuando y que, por un azar, leí en el Uruguay entre los primeros. Está en la “Historia de la Conquista de Nueva Granada” del Padre Ximénez, una obra escrita en el siglo XVIII, pero que se publicó hará dos o tres décadas. Allí, sin entender muy bien nuestro Padre el sentido maravilloso de eso, nos cuenta que, durante la conquista, los españoles fundan un pueblo, levantan inmediatamente una iglesia, y obligan a los indios a asistir a los oficios y a venerar a un dios que no era el suyo, que de haber venido directamente bien pudo ser también el suyo; pero que estaba allí impuesto por las lanzas y por las espadas de los hombres crueles. Había que llevarlos con extrema violencia, muchas veces, a los oficios religiosos. Mas, de pronto, con asombro de todos, no ya al llamado de las campanas, solos, libremente, en cuanto se abrió la puerta del pequeño templo ya se llenaba éste de multitud de indios que parecían encendidos de un sublime fervor. Era como si la gracia divina hubiera llegado por fin a su corazón. Pero un día, arreglando el altar, un sacerdote descubre que detrás de las imágenes cristianas se hallaban ocultos unos viejos idolillos del culto prohibido: los dioses de los indios, los dioses de sus padres, los dioses de su vieja cultura.

Yo estoy seguro que en el cariño, —no admiración—, por mí, que sinceramente veo en todos ustedes, hay otra co-

sa mucho más profunda. Sí, detrás de mí esta lo Bueno, está lo Bello en sus formas esenciales. Y en un momento propicio, este pueblo tan querido ha abandonado la atención a sus intereses personales, que puede separar a unos de los otros; ha abandonado sus rencillas, que pueden dividir y que fatalmente dividen a las colectividades, porque ha sentido, como yo, la necesidad de dejar que el corazón viva unas horas como tiene derecho a vivir, porque para eso fué hecho. Pero comprendan que yo, cuando di mi consentimiento pensando todo esto casi con la misma precisión con que lo acabo de decir, también pensé que lo iba a manifestar aquí, y que ello necesitaba también, por su parte, su aclaración. ¿Por qué ese cariño por mí? ¿Por qué ser yo ese intermediario? ¿Por qué primero proyectarse sobre mi corazón esos sentimientos, para seguir, tan puros, una trayectoria infinita?

Por algunas circunstancias muy especiales fuí elegido yo y no otro. Había tenido suerte, más que muchos escritores nacionales tan buenos o mejores que yo; había demostrado por San José un cariño muy grande; a través del cariño a San José y a los hombres que he conocido aquí, en la ciudad y en el campo, yo pude conocer al hombre oriental, al hombre de toda la República; y gracias al acendramiento en ese corazón pude comprender en cierto grado el corazón humano, universal, que es el mismo en todos nosotros, lo que provocó una inclinación muy especial en mi modo de escribir; además, muchos de los temas en que he trabajado son de acá, ciudad y campo; alienta en toda mi obra un inmenso calor solidario (lo hay, indudablemente; yo debo reconocerlo sin escrúpulos porque es una obligación mía y de cualquier escritor) y eso, todo eso hizo que fuera yo el elegido. Pero debo decir, siento el imperativo de decir que en eso, que auténticamente está en mí —porque, en efecto, estoy conformado así— también yo tengo muy poco mérito. Al contrario, a veces pienso que tuve que ser, no más inteligente de lo que soy, que no interesa; no más diestro en escribir, que no es un problema personal de principalísima importancia... pero que yo tenía que ser más bueno, mejor hombre de lo que soy, ¡ah, tal vez!, y de eso estoy casi convencido.

En poseer aquellas condiciones, y otras, asimismo, que son positivas en un grado no muy frecuente, yo tengo, repito, muy poco mérito. Porque estaba obligado desde mis primeros días a ser así. Hay en mí un amor muy profundo a la tierra, a la región ésta y a todo el país y a su cultura; al proceso espiritual de la nación he sido siempre atento, con la misma atención del corazón con que se entra a una

iglesia. Pero es que yo estaba fatalmente, desde mi origen, proyectado en este sentido. Mi abuelo nace a los dos años de ser ésta nación independiente. Yo apoyé mi mejilla de muy pequeño niño en sus grandes barbas blancas, para oír la tradición de mi familia, de mi partido y de nuestra raza. Yo sentí de sus labios las primeras melodías nuestras que llegaron a mi alma. Yo conocí por él aspectos hoy casi olvidados del folklore nacional. Por otro lado, mi padre. Llegado aquí a los cinco años, hoy todavía no conozco un maragato más maragato, ni un oriental más oriental que él. El me montó por primera vez a caballo; él me enseñó pacientemente en el Rincón del Pino la fauna, la flora, los usos del país. Y en su casa yo sentí lo que es quererse los hombres y lo que es sentirse iguales. Mi casa, la mayoría de ustedes lo sabe muy bien, estuvo siempre poblada por la gente más heterogénea. Mis ojos se abrieron contemplando en ella indios, pardos, negros y, moralmente, apreciando todos los grados de la condición humana, desde las escalas más altas hasta las más bajas. Y yo vi allí que ninguno valía más que otro sino por el cariño que despertaba; de manera que, allí, la justicia distributiva o estaba librada a Dios, si es que hay Dios, en otro mundo, o no estaba librada a nada; y se dejaba allí que el corazón, con inocencia, eligiera solo, por su cuenta a quien querer más. Y allí fué otra cosa, todavía, que me iluminó después. Allí comprendí lo que es ser naturalmente jefe. Allí el jefe era el que sacrificaba más, era el que sufría más, porque sufría por los otros, también; era el que tutelaba más y era el que más amaba. Pero la primera lección para mí, tan pequeño, la lección que obró para siempre al retener con los años aquello como imagen estable delante de mí, susceptible de ser meditada; el ejemplo que empezaba era que yo no podía tener allí ninguna prerrogativa. Y como siempre era el más chico (a veces hasta cuando ya fuí hombre) ni el asiento mejor era para mí, ni los primeros mates ni los mejores bocados. Y cuando había que hacer alguna cosa, por las caras se veía —no por las vestiduras sino por lo que la cara muestra del alma— quién tenía que hacer la tarea.

Mas hubo otra cosa, aún. No era sólo el ejemplo concreto y vivo; me llegaron, asimismo, imperativos mucho más altos. Cuando yo todavía no iba a la escuela, mi padre me sentaba en las rodillas y, entonces, las voces más puras del mundo me llegaban aclaradas por su enternecido comentario. No era Homero, precisamente, al que mi padre tenía que tomar entre sus manos, porque sabía cantos enteros de memoria, en la linda traducción de Hermosilla; como no era Virgilio, como no era el "Romancero", como no eran mu-

¿Los otros. A veces, sí, me leía, debajo de un gran sauce que él mismo había plantado; mientras, a hurtadillas, mis ojos se fijaban a veces en el para mí atrayente misterio del gran revólver siempre pendiente de su cinto, y en el de una de sus heridas —la de la muñeca— de 1897 y de 1904. Y era Balzac, entonces; y era Hugo, entonces; pero en los momentos en que ellos no sólo eran genios sino que eran hombres buenos o era más que buenos: eran santos. Se me representa cada vez más intensamente con los años el testimonio vivo de ese enseñar a ser cómo debe ser un hombre. Mi padre, así, en forma indirecta, también, pero de un modo que cada vez menos se podía llamar indirecto, me templaba el corazón, de a poco, y me obligaba a ser puro. Y yo recuerdo (nunca quise leer después, hasta hoy, todavía, esas páginas, para mantenerlas en mí tal como me fueron dadas) yo recuerdo que, una vez él me leyó, con muchas precauciones, con unos previos comentarios muy tenues y muy sugestivos, a la vez, "El Cid" de Víctor Hugo.

"El Cid ya se llamaba el Cid; es decir ya era llamado Señor por el mundo árabe, que lo conocía por su energía viril", me contaba mi padre. Y siguió con que un rey lejano, a quien había llegado tanto la fama de aquel hombre, decidió conocerlo personalmente, entró a España y se orientó buscando Vivar, el feudo de la familia de Rodrigo. Entonces, después que así me narró algunas partes para ahorrar palabras y no fatigarme con cosas difíciles para mí en aquel momento, entonces, sí, él conectó mi pequeño corazón con la voz misma del genio de Hugo, a fin de que el mismo Hugo me llegara hasta las más delicadas fibras de mi alma y yo no me olvidara más, como no me olvidé. Entonces leyó directamente que aquel rey árabe penetra a una región desde la que le indican dónde está el castillo de Vivar, el del padre, el de la familia del Cid. Y una mañana en que llega en un caballo ricamente enjaezado y con sus mantos fastuosos de señor oriental, encuentra a un hombre en la explanada del castillo; un hombre que está, —desnudo el pie, desnuda las rodillas, desnudos los brazos, todo manchado por la fama—, lavando un caballo hermoso. Acercándosele por detrás, lo sorprende al decirle: "¿Eh villano! ¿Dónde está tu amo?" Y ve que aquel hombre, sereno, se levanta, se torna Contempla el rey en él una expresión de dignidad herida como no había visto nunca, y oye que le responde: "Yo no tengo amo". "¿Y quién eres tú, entonces?" "Yo soy el Cid". "¿El Cid? ¿Y cómo así, de esta manera vestido? ¿Y cómo así, en este menester tan humilde?" "Es que estoy en casa de mi padre".

Mi padre no me dijo nunca nada más, de esta lectura.

Ustedes saben bien, no sé si en la experiencia personal de ustedes habrá otros casos; en la mía yo sé que no he visto a nadie ser tan frenéticamente querido, ¡y por qué gente! Pues bien, desde mis primeros años yo supe muy bien que en mi casa, por más modestos, por más desdichados, por más imperfectos que fueran los hombres que allí se congregaban, yo estaba en casa de mi padre, y ningún privilegio podía yo allí hacer valer.

Y eso pasó en mi niñez y en mi adolescencia. Y fui hombre. y me radiqué en Montevideo. Y tuve suerte en lo que la mayoría cree que es una gran suerte. Y tuve fama literaria que crecía. Y era en cierto modo una figura respectable, por lo joven, también, en el mundo intelectual de Montevideo. Pero yo venía acá, ¡y qué bien me hacía sentirme hijo de mi padre! Nadie ni siquiera me sorprendió, estoy seguro, una palabra difícil, que pudiera ser poco comprendida. Y ninguno de aquellos hombres que yo vi desde niño, y que seguían con el mismo infortunio, la mayoría; ninguno advirtió que mi alma había dejado de ser la del niño que los contemplaba con cariño y, a algunos, con una admiración que, por suerte, pude, después, como escritor, hacer participar a otros hombres.

Ya ven, pues, si yo estaba empujado, no a ser como soy sino a ser mucho más de lo que soy.

Permitid, disculpad que esté abriendo este santuario íntimo que todos tenemos dentro y que sólo muy pocas veces se abre. En una situación como ésta, y en un acto tan grave como éste, yo creo que es un poco mi deber retribuir abriéndolo para todos.

Me acuerdo en este momento de una mañana. Yo era ya hombre. Se me consideraba, por ahí. Algunos, tal vez, me envidiarían. Y yo estaba muy lejos, en el fondo de mi alma, de justificar ninguna de estas cosas. Había llegado a San José la noche antes. Iba a haber en el campo una gran asamblea política. Yo me levanté, y ya supe que estaba ensillado para mí un pequeño y lindo caballito negro. La casa, la calle, el lugar, todo se rodeaba de gente a caballo. Mi padre apareció, no sé de dónde, porque yo recién me levantaba, vistió su poncho blanco, se dirigió hacia el sauce de las lecturas de mi infancia. Lo seguí y, juntos, montamos. Yo, en mi pequeño oscuro; él en aquel tostado de gran alzada que tanto conoció este departamento. Y salimos. Mi padre se situó entre cuatro o cinco banderas, rodeado de los que podríamos llamar jefes. La columna, enorme, formó de dos en dos, y se dirigió a través de los campos.

Yo había hecho ya "Raza Ciega", "Saltoncito" y, tal

vez, "Sombras sobre la Tierra". Y me quería mucho la gente, en Montevideo, y yo veía manifestarse el error de admirarme, muchas más veces de lo que ustedes se pueden imaginar. La columna, digo, de dos en dos, se puso en movimiento. Y yo iba el último, acompañado por un negro viejo, compañero de armas de mi padre, que después él destinó a que me acompañara, por lo diestro y por lo valiente, en la revolución del 35. Y yo no iba humillado. ¡Yo trotaba tan contento y me sentía tan hombre...! Como nunca me he sentido más. ¿Por qué? Porque yo, escritor ya conocido dentro y fuera del país, yo me sentía que estaba en casa de mi padre.

Después, después fueron esas mismas manos, y otras, las que siguieron moldeando mi corazón. Y no digo en sentido figurado. Las veo nítida, claramente, en este instante, a esas manos, delante de mí: manos callosas, manos rudas, manos quebradas, manos tostadas por el sol y por las heladas... y alguna mano dulce, de mujer, de esas que se acercaban a mí, no para acariciarme sino para buscar consuelo de haber prodigado demasiado sus caricias sin hallar jamás correspondencia...

Y quiero terminar porque es lo oportuno, aunque de buena gana hubiera seguido hablando. Pero permitidme que os diga que hasta en "Sombras sobre la Tierra" el tema también estuvo fatalizado por los seres de acá; y como en su mayoría eran seres tan poco ilustrados (¿quién, quién sabía leer?) es decir, tan poco alejados de su cerno originario, no hay necesidad de ser vanidoso para decir que la modesta obra fué proyectada, impulsada, empujada no por los hombres de aquí sino por los hombres del mundo.

Yo me acuerdo que una noche estábamos en un café, tarde de la noche, cuando entra un gigantón con esa expresión airada en el rostro del ebrio y del enfurecido. Era un hombre bueno, pero cuando estaba bebido se ponía muy agresivo. Y como venía derecho a mí y con los ojos de fuego hacia mí, yo traté de arreglarme de modo que pudiera rápidamente ponerme a la defensa. Era hacia mí, sí, que se dirigía; pero ví que se le demudó un poco el rostro; que era furor, que era odio, que era rabia, pero no conmigo. Y al llegar, me dice: (y efectivamente hacía dos meses de la aparición del libro) "¿Usted escribió "Saltoncito"? Sí, yo lo leí. Como no podía comprarlo, fuí dos veces a la librería y lo leí en dos tardes. Bueno, ahora... ahora no hay que escribir más que para niños, porque los hombres ya estamos perdidos".

Claro que yo no le hice caso. Porque yo sabía que no

estábamos perdidos. Lo que me asombró y me pasmó fué que aquel hombre comprendiera tan hasta lo hondo lo que tantos artistas e intelectuales no saben: que proponiéndoselo o no proponiéndoselo, el arte está siempre dirigido, tierna y solidariamente, a los hombres. (La incidencia constituyó después, sin embargo, uno de los temas claves de "Sombras". Lo inicia Bonifacio en una taberna; lo retoma en repetidas ocasiones Juan Carlos, acentuándose a cada vez; culmina con la alucinación de la devastación de la ciudad por las turbas de lengua cortada).

Pasan unos meses. Yo había empezado ya a preparar "Sombras sobre la Tierra". Estaba, también de noche, tarde, en un bodegón más sórdido. Pasé frente al mostrador, donde había algunos parroquianos, y seguí de largo hacia una enramada donde iría a estar solo; que tenía necesidad, no sé por qué angustia, de estar solo y, como estaba más bien frío, nadie allí me iría a perturbar. De pronto advierto que se para en la puerta que daba al despacho un negro joven, en cuyo rostro ví, por una especie de mohín en los labios y por ese brillo extraño y desagradable de los ojos, que estaba borracho. Pensé que vendría a pedirme algunas monedas para seguir bebiendo. Y en el afán de ultimar pronto el asunto, metí la mano en el bolsillo para retirar alguna moneda en cuanto la solicitud llegara. Pero yo ví también que aquella cara, aquella cara traía algo que no era expresión del deseo de unas monedas para seguir bebiendo. Se acercó el negro, y me dice: "Yo tengo que pedirle un gran favor". (Todo el mundo sabía y sabe que pedirme dinero a mí, si lo tengo, no es pedirme un gran favor porque es lo menos que puedo hacer por otro). "Yo tengo que pedirle un gran favor...!" "Si yo puedo servirte...", le dije. "Usted tiene que escribir una obra sobre nosotros, sobre nosotros, sobre los que somos malos y nos damos cuenta y no podemos reaccionar". Y se puso a llorar. Entonces, entonces yo me levanté y lo abracé y lo hice sentar. Entonces, sí, yo ya no quería estar solo. Y llamé al mozo. Y bebimos, bebimos mucho. Y conversamos mucho. Y le dije lo que yo sentía, lo que sentía hasta el corazón: que todos los hombres somos malos, y nos damos cuenta, y no podemos reaccionar; pero que la esperanza está en eso, en que ya nos damos cuenta; y que si no nos olvidamos de que nos estamos dando cuenta, es posible que llegue un día en que sintamos todos que nos hemos vuelto buenos.

Y no quiero seguir porque esto es un abuso. Pero permitidme el último recuerdo. Ya estaba empezada "Sombras". Cierta noche me encuentro con una pobre mujercita de aquellas que les decía que se refugiaban en mí como ba-

jo un alero, buscando cariño, comprensión y unos ojos inocentes que no vieran nada de lo que los demás tan fácilmente ven; y que me quería mucho por lo que yo quería a un amigo suyo, que no era todo lo comprensivo y lo tierno que con ella debía ser. Y me dice en cierto momento: "Tú tienes que hacer..." Yo la miré a la cara y pensé en el negro. Había una expresión aquí vagamente semejante. Como si en ese instante ella se hubiera sorprendido de ella misma, con estupor, y estuviera diciéndose: "¿Qué es esto que soy yo, tan manchado y tan puro...?" "Tú tienes que escribir una obra sobre nosotros y sobre todo esto", dijo. Y señaló la zona más reprochable, más vituperada del pueblo.

Piensen que nadie quiere que le expongan sus lacras. Yo comprendí lo que ella esperaba de mí. Yo ví que me había comprendido. Y que intuía lo que yo pensaba de ella, del mundo y de los hombres. Ella, lo que quería era que, al pintarla a ella y a los otros, yo mostrara a todos nosotros que había algo que se podía redimir; y que ya que Jesús no puede venir a la tierra, nada nos costaría olvidar la poca c mucha perfección nuestra, para tenderles, ciegos, ciegos, la mano, y levantarlos a nuestra altura moral.

Por todo esto, ya ven que yo tampoco podría aceptar este homenaje como testimonio de un gran cariño merecido, porque habrán comprendido que yo tuve que ser mucho, mucho más bueno de lo que soy para que se me quiera como se me quiere. Pero los hechos se han consumado. Y aquí están ustedes, al honrarme, mostrando la grandeza espiritual de San José en su necesidad de querer, sea como sea.

Hace poco, hará apenas un mes, en el Consejo Nacional de Gobierno, Zavala Muniz pronunció unas palabras con que me honró en su doble carácter de gobernante y de ser quién es. Y el Consejo, además, agregó su propia honra porque compartió unánimemente las palabras de Zavala Muniz. Yo tuve un momento de debilidad, que es muy humano. Aquello excedía muchísimo también de mi merecimiento. Pero ese día en que salió la versión en la prensa era cuando se cumplían los catorce años de mi hijo. Yo tomé el diario, se lo entregué y le dije: "Este es el mejor regalo que su padre le puede hacer". Mas... mas no era absolutamente merecido, eso. Mi hijo, cuando sea grande, tendrá que perdonarme aquel momento de debilidad. Hoy, está aquí presente mi mujer, mi tutelar compañera. Y está mi hijo Carlos, y está también, mi pequeña Mecha mía. Pero, ahora, me siento fuerte. Pero ahora, estoy aleccionado por mí mismo. Pero, ahora, me domino bastante bien. Y frente a ustedes, en este homenaje de mi pueblo y de su Liceo, no

voy a repetir aquellas palabras, pronunciadas en un momento disculpable de debilidad. A ellos: a mi mujer, que no nació en el Uruguay; a mis dos hijos, que nacieron en Montevideo, y a los que no son maragatos y me han venido también a honrar, y a las autoridades: al Señor Consejero Nacional, al Señor Senador, al Señor Diputado Nacional por nuestro departamento, al Señor Director Nacional de Enseñanza Secundaria, al Señor Consejero de Enseñanza Secundaria y al Señor Secretario de ese Consejo, a los Señores Directores de Liceo de la capital; a los señores representantes de la Inspección Departamental de Escuelas y de la Escuela Industrial, del Liceo de los Hermanos de la Sagrada Familia al Señor Concejal de Montevideo, al Señor Presidente del Concejo de San José y a los Señores Concejales también de nuestro departamento; al Señor Fiscal y al Señor Juez Letrado Departamental; a mi querido profesor Ibáñez, tan estrictamente justo con todos, siempre, menos conmigo, con quién pierde su condición de ser justo y de mostrarse siempre sabio, para olvidarse de todo lo que sabe y admirar lo que sólo es admirable en su cariñoso corazón; a tantos que no puedo nombrar porque no los veo desde aquí y me olvido y, también, porque no estoy en condiciones psicológicas de mencionarlos de acuerdo con sus jerarquías funcionales ya que en este momento todos se me presentan iguales en mi alma; a mi mujer, pues, y a mis hijos, y a todos los que no son de aquí, les digo; pero eso sí, con fiero orgullo: ¡Ven, éste es mi pueblo!

se terminó de imprimir en
montevideo, en la imprenta as,
cuareim 1361, el 31 de octubre de 1957